— 1971 —

CARMEN NARANJO

LA VOZ

PERSONAJES

UNA ANCIANA

Persona de 80 años, muy coqueta, bien cuidada y con alegría de vivir.

LA VOZ

Voz de una persona joven, cristalina, que pueda parecer la voz ideal de un niño inteligente.

LA EMPLEADA

Vieja también, muy puesta en su sitio, conoce y quiere a la viejita, como si su misión en la vida hubiera sido servirla.

La escena representa una terraza que da a un jardín, muy bien cuidado, con cipreses enanos. Hay una mesa cómoda, típica de las casas de verano, de hierro blanco, con sillas del mismo estilo. Una puerta de cristales a la derecha comunica con la casa. La escena es mitad jardín y mitad terraza.

Por la puerta de cristales de la derecha entra la anciana, con su cesto de labores. Se sienta en la silla más próxima al jardín, ve hacia los árboles como si buscara a alguien y luego prepara su labor.

ANCIANA

Sé que esta tarde la encontraré. Tiene que ser. Lo sentí desde que me levanté. *(Las palabras las dice buscando a su alrededor).* A veces se porta mal y le gusta hacerme esperar. He pensado que quizás eso se deba a que no estoy preparada a recibirla. Hay algo en mí negativo, que me traiciona cuando menos pienso, que me perturba. *(Una música suave se inicia).* Aquí está. ¡Lo sé!

Por la puerta derecha entra la empleada con un teléfono.

EMPLEADA

Señorita, la llaman de larga distancia.

ANCIANA

Te he dicho y repetido que cuando estoy en el jardín no se me debe interrumpir. Ya no oigo la música. ¿La oís vos?

EMPLEADA

No oigo nada.

ANCIANA

Claro, la has espantado. ¿Quién me llama?

EMPLEADA

Es su sobrino. La llama desde los Estados Unidos. Parece que quiere felicitarla. Dice que mañana, que es el día de su cumpleaños, no podrá hacerlo porque tiene unos exámenes.

ANCIANA

Decile que no estoy, que he salido, que me he muerto. No, que me he muerto no. No quiero darle ese alegrón. Decile cualquier cosa, pero que quede claro que no podés volver a interrumpirme.

EMPLEADA

Haré lo posible por complacerla, pero a veces se olvida usted de sus deberes y se los tengo que recordar. ¿Por qué no le habla a su sobrino? Es una atención que la llame desde tan lejos.

ANCIANA

Porque no me da la gana.

EMPLEADA

Pobre muchacho, siempre tan fino con usted, tratando por todos los medios de demostrarle el cariño que le tiene.

ANCIANA

El cariño que le tiene *(imitando la voz de la empleada)*. Vamos, no seás tonta. Si no tuviera ni un cinco, no me llamaría. Si fuera una pobre tía, sin propiedades y haberes, sin esperanzas de que la hereden, nadie me llamaría por teléfono. ¡Así es que déjame en paz!

EMPLEADA

¡Y lo que le habrá costado al pobre la llamada telefónica!

ANCIANA

Idiota, la debe estar cargando a la cuenta de mi teléfono. Y para no pagar más, andá y decile rápido que la tía no lo puede atender, que deje el recado.

EMPLEADA

Así será, pero es usted injusta con este pobre muchacho, que la quiere de verdad.

La anciana queda sola y trata de buscar de nuevo.

ANCIANA

Ya todo lo estropeó esta vieja entrometida. No podré encontrarla hoy. ¡Qué lástima! Sentía los efluvios en mí. Quisiera matarla, pero no puedo... Es ya una vieja y ha sido muy buena conmigo. Ya no me queda nadie. Sólo ella que me aguanta refunfuñando. No, la verdad es que la que refunfuño soy

Me ha dicho que no debo mentir. Es tan difícil dejar de mentir. Es una de las cosas buenas de la vida. Es como soñar despierto. Cuando se miente se crean las realidades. Todos los poetas son unos mentirosos, por eso es tan linda la poesía. No va a venir. Y tiene que hacerlo, estoy llena de cosas que contarle y preguntarle, claro que también he preparado alguna mentirilla. Si no la hubiera pensado, se aburriría de mí. ¡Es tan aburrida la verdad estricta! *(De nuevo se oye la música).* ¡Caramba, qué suerte tengo! Está aquí, no se ha ido. Estoy en mi día. Venga poco a poco. Venga. *(Cierra los ojos y se queda como en éxtasis).*

Entra de nuevo la Empleada.

EMPLEADA

¿Qué le pasa?

ANCIANA

¡Ayyyy! *(Bota el costurero).*

EMPLEADA

(Corriendo a socorrerla). ¿Se siente usted mal? Señorita, diga usted algo. ¡Ay, Dios mío! ¿qué le pasa?

ANCIANA

Me pasa que si logro hablar te mato, te mato, vieja estúpida. ¿Cuántas veces tengo que decirte que me dejés sola? ¡Comprendé que no hago nada malo aquí, que no como chocolates, que no quiebro la dieta a que me ha obligado ese horrible doctor, que no me veo con un joven!

EMPLEADA

Ya lo sé, ¿pero por qué no puedo entrar a la terraza y darle un recado? Todo el día me está llamando y cuando la busco en este lugar, sólo en cumplimiento de mi deber para enterarla de lo que está pasando en la casa, se pone usted como una histérica.

ANCIANA

Porque aquí quiero estar sola, completamente sola, como estaré el día en que me muera. ¿Entendés, pedazo de caballo?

EMPLEADA

Pero, ¿qué le pasa? Tiene algo extraño en los ojos. ¿No quiere que llame al doctor?

ANCIANA

En los ojos sólo tengo la rabia más fulminante porque te empeñas en no dejarme sola, como quiero estar en esta terraza.

EMPLEADA

Bueno, ya me voy. *(Recoge el costurero).* Y me debía ir para siempre. Usted a veces me odia, ya sobro en esta casa, estoy tan vieja que ni para cuidarla sirvo. *(Lloriquea).*

ANCIANA

¡Cuando quiero oír música, me salís vos con tus lloriqueos! Andate con esas tonterías que te gusta tanto decir a la cocina y desahógate ahí, lo más lejos que podás de mí. Hoy no quiero consentir tus lágrimas.

Se me acabaron ya los argumentos para decirte que sos esencial en esta casa.

EMPLEADA

Usted no comprende lo que me duele ver que ya ni me quiere a su lado.

ANCIANA

Ahora esas tenemos . . . Esperás que te cargue todo el día, que no me dejés ni un minuto de intimidad. Aquí quiero estar sola, para soñar, para pensar.

EMPLEADA

¿No sería mejor que rezáramos juntas?

ANCIANA

Sabés muy bien que nunca me gustó rezar, que detesto los rosarios y todo ese estribillo "por mi culpa, por mi culpa". ¿Por cuál culpa? ¡Yo nunca he tenido ni una sola culpa!

EMPLEADA

¡No blasfeme usted! *(Se seca la nariz con la manga).*

ANCIANA

No hagás eso en mi presencia. Nunca has podido olvidar el campo. Te has refinado en la rezadera, pero lo que es en las mañas, sí que no has perdido una sola costumbre. Tomá este pañuelo y luego me lo lavás bien.

EMPLEADA

Gracias, señorita. Muchas gracias. Yo quería decirle que llamó su sobrino.

ANCIANA

Eso ya lo sé, y que me dejó el recado de que pasara un feliz cumpleaños. Lo que seguro no oíste es que deseaba que fuera el último.

EMPLEADA

¿Por qué es usted a veces tan cruel?

ANCIANA

Debía dar gracias todos los días por ser siempre tan real. Conocer a la humanidad como la conozco es un privilegio. A mi edad, ya debía ser una vieja boba, que le da por conmoverse porque el sol sale para ella y le agarra la rezadera, como pasaporte al otro lado. Me conservo en forma, eso es todo.

EMPLEADA

Jorgito le desea muchas felicidades y dice que pronto le escribirá. Me dijo que la cuidara mucho y casi lloro por el teléfono.

ANCIANA

Una carta, un punteo. ¿Cuánto querrá ahora? Que lloraras no me extraña, has entrado de lleno a la edad de las lágrimas. Hasta cuándo te digo que se te sale el fustán, empezás a lagrimear.

EMPLEADA

Es que me lo dice en un tono de reproche.

ANCIANA

...e lo digo para que no hagás el ridículo, enseñando más cosas que las que se deben enseñar. ¡Ahora, por amor de Dios, dejame en paz! ¿No tenés algún oficio que hacer allá adentro? Por cierto, el encaje de mi camisón está descosido. Por favor, remendalo despacito, muy despacito y no volvás hasta que acabés. ¿Está claro?

EMPLEADA

Ya me voy, para que usted se quede hablando de sus tonterías.

ANCIANA

¡Con que me has oído! ¡Ah vieja curiosa y entrometida! Mejor me hubiera casado en mis buenos tiempos y me hubiera librado de vos. Sos más latosa que un marido enfermo. ¡Ahora, al oficio!

EMPLEADA

Con tal de quitarme de encima, hasta rompe el camisón. Yo también conozco sus mañas. *(Sale).*

La anciana queda sola y vuelve a extender sobre los regazos su labor. Mira a todos los lados y parece que huele el aire.

ANCIANA

Ya no vendrá. Hasta los efluvios que tenía en el cuerpo me los ha quitado esta vieja idiota. Ahora no me queda mas remedio que esperar hasta mañana. ¡Y qué largas se me hacen las horas esperando el momento de entrar en la terraza! Sé que no puedo venir muy temprano, porque nunca está a esa hora.

Creo que le gusta dormir hasta tarde. Este es el momento ideal en que casi siempre la encuentro. Pero, hoy se han empeñado en quitarme ese placer, el único placer que tengo. *(Se oye la música de nuevo).* Está todavía, ha esperado mis interrupciones. ¡Gracias a Dios! Venga, dígame lo que quiera, regáñeme. ¡Pero venga!

Se recuesta en el respaldar de la silla y cierra los ojos.

LA VOZ

Empezamos con mentiras. Yo no soy tu único placer. Sé que tenés chocolates escondidos en la mesa de noche, te gustan las novelas de amor y las leés buscando nada más que los momentos escabrosos de entregas y declaraciones.

ANCIANA

(Se incorpora). ¿Estás ahí? Me hacés muy feliz. Creí que hoy no te podría encontrar.

LA VOZ

Mentirosilla. Todos los días me encontrás a estas horas. Pero algunos días no me querés oír.

ANCIANA

Siempre te quiero oír. Miento a veces, es cierto. Pero no en eso. ¡Bienvenida, mi vocecita!

LA VOZ

¡Hola, viejita encantadora! También yo te he estado esperando. Se atrasaron los músicos que me anun-

cian y para que todo fuera como de costumbre, tuve que esperar sentada hasta que ellos llegaran.

ANCIANA

¡A mí no me importan los músicos! Cuando no lleguen, o se atrasen, te ruego que empecés antes.

LA VOZ

No podría, yo también tengo mi vanidad. Además, vos te acicalás para venir a la terraza; ¿por qué no voy yo a hacer mis preparativos también? Me gusta entrar con música, da más tonalidad y cierta prestancia a mi voz.

ANCIANA

Bueno, estoy de acuerdo en que vengás con música, pero sí te ruego que vengás siempre.

LA VOZ

Siempre es un término imposible, vos lo sabés muy bien. A mí no se me puede pedir eso. Yo tampoco te podría pedir nada por siempre, sería como romper tu naturaleza humana.

ANCIANA

Digamos: siempre que podás. ¿No te podrías quedar unos días en esta casa? Te alojarías en mi cuarto, si querés en la gaveta más linda que tenga; la arreglaría especialmente para vos. Si fuera necesario la forraría de terciopelo y la perfumaría con jazmines, con todos los olores que recuerden este jardín.

LA VOZ

¡No, por favor! Hoy estás pidiendo demasiado. Las voces tienen que vivir al aire libre, son alérgicas a los perfumes y a los terciopelos. Si me encerraras, me moriría entre las paredes.

ANCIANA

No te quiero hacer daño, sólo tenerte más conmigo.

LA VOZ

Siempre estoy con vos, lo que pasa es que a veces no me querés oír. Has encontrado el lugar ideal para hablarnos. Dejemos así las cosas. ¿Te puedo hacer una pregunta?

ANCIANA

Claro que sí. Yo tengo un caudal de preguntas que hacerte. Empezá vos primero.

LA VOZ

Nunca has creído que mi voz sea la de Dios. ¿Por qué? Esto es tan sobrenatural y no has pensado jamás en que lo sea. No te comprendo.

ANCIANA

¿Cómo se te ocurre que voy a pensar que tu voz viene de Dios? Es demasiado mía para ser de Él. La reconozco desde siempre, con esa voz me ha hablado en muchas ocasiones. Supongo que como ya estoy vieja, creo que muy vieja porque la verdad es que yo me siento joven. La voz que estaba adentro se me ha partido un poco y anda por ahí sola, llamándome a veces.

LA VOZ

Me gusta que me sintás en esa forma, como algo tuyo, aun cuando en realidad no soy del todo así. Es raro que no te haya dado por divinizar las cosas que te rodean. A todas las personas . . . mayores les da por eso.

ANCIANA

Para ser sincera te diré que los años me han hecho cada día más rebelde. Francamente no me he acostumbrado a envejecer. Y si no fuera porque las rodillas ya no me dan y las piernas se me aflojan, y no puedo caminar tan ligero y me duele la cintura con frecuencia, creo que me animaría a bailar como lo hacen los jóvenes. Hasta siento el ritmo. ¿Verdad que es muy bonito?

LA VOZ

Mucho. Yo también me paso tarareándolo. A lo mejor el día menos pensado enseño a mis músicos, y me anuncio con una música modernona, de ritmos movedizos que muevan los pies. Por supuesto, yo no los puedo mover porque sólo tengo voz.

ANCIANA

Pues nunca he pensado que tengás algo de divino . . . Es la primera vez que mencionás a Dios. Siempre me hablás de cosas corrientes. Además me tratás de vos. Pero debe ser el usted.

LA VOZ

A lo mejor ni habla. Yo que vivo entre sonidos nunca lo he oído hablar. Pero, ¿no te parece que

ya debés ir pensando en Dios? Te confieso que he sido un poco supersticiosa y es mejor ponerse bien cuando se están levantando las anclas rumbo a mares extraños.

ANCIANA

Hoy parecés la voz de mi propia empleada. No me digás que me vas a aconsejar la rezadera.

LA VOZ

Ya sé que eso de "mi culpa" o "por mi culpa", te sienta de lo más mal y que siempre decís: cuál culpa. Sos de lo más fresca al decir que no te encontrás culpas, porque en verdad las tenés y muchas.

ANCIANA

Ahora vamos a empezar con los sermones. Sé que tengo culpas, pero son culpillas, nada más que culpillas. Son tan insignificantes que ni siquiera tienen color frente al crimen que ayer leí en la prensa. Fijate que un bruto mató a tres personas, sólo porque hacía calor. Yo nunca tuve una culpa de ese calibre.

LA VOZ

El calibre se mide dentro de las circunstancias. A lo mejor ese tipo no podía soportar el calor, lo enloquecía. Ya verás que los abogados logran probar que lo sucedido fue una culpilla.

ANCIANA

¿Me dejás hacerte mis preguntas? Te lo pido porque si no, nos enredamos en la conversación como

dos viejas comadres y no acabamos nunca de comentar.

LA VOZ

¡Echá afuera las preguntas! Estoy preparada para darte las mejores contestaciones.

ANCIANA

Te ruego que las tomés en serio, porque son muy importantes. A veces pienso que te domina un espíritu burlón. Nunca puedo tener seguridad de que me estás hablando con la seriedad que quisiera. Y como no te veo la cara, me imagino que estás escondiendo una sonrisa detrás de tus palabras.

LA VOZ

¿Me vas a quitar el derecho que tengo de reírme? Ese es el único músculo que conservo y lo adoro. Y tengo camanances. A veces meto el viento en ellos y los soplo. Se hacen unas bombitas de aire preciosas.

ANCIANA

Te pido de nuevo seriedad y que te olvidés de los juegos de músculos de tu sonrisa. Aunque sé que es difícil. Yo también tengo una risilla que fue encantadora en sus buenos tiempos, y aún ahora contemplo a más de uno viéndola embobado.

LA VOZ

(Fingiendo la voz en un estilo muy serio). Bueno, estoy en espera de tus preguntas.

ANCIANA

¿Me podrías decir si algún día me encontraré de nuevo con mi juventud? Quisiera volver a correr por los potreros... quisiera volver a tener el corazón como un pájaro inquieto... quisiera tener las ilusiones de antes, cuando me sentía majestuosa al andar... quisiera volver a comerme un helado con la gracia de aquellos años, en que parecía que apenas si lo probaba y lo estaba devorando... quisiera sentir mi pelo rebelde sobre la cara y el viento... quisiera dormirme con impaciencia y levantarme con más impaciencia todavía... quisiera volver a ser bonita, contemplarme en el espejo y sonreír, saborear mis ojos brillantes...

(Mientras está diciendo la última frase, aparece la empleada con el camisón en la mano y se asoma muy asustada).

EMPLEADA

Quisiera saber si cuento con su permiso para entrar... y quisiera que usted no se enoje porque ya estoy aquí.

LA VOZ

No te enojés... no te enojés. *(Como un eco lejano).*

ANCIANA

Sos el diablo en persona, la criatura más inaguantable que conozco. Venís a interrumpirme cuando más inspirada estaba en mis reflexiones.

EMPLEADA

Reflexiones, cuando debía estar con el rosario en la mano, preparándose para el otro mundo.

ANCIANA

Cuando esté en el otro mundo, ya veré cómo me las arreglo. ¿Qué querés ahora? ¡Vamos, rápido!

EMPLEADA

La llama por teléfono el abogado. Dice que es un asunto muy urgente. Necesita que usted decida si se va al remate o no de la propiedad. Los deudores no pueden pagar, pero imploran que se les dé un plazo más para ver si pueden salvar la casa. Parece que es su único bien.

ANCIANA

Traeme el teléfono. Rápido. Le hablaré yo misma. Ese viejo palanganas, primero me aconseja que sea drástica y luego me pone los dilemas.

Sale la empleada.

LA VOZ

¿Con qué no hay culpas? ¿Y esa pobre familia, a la que querés desalojar de su casa? ¿No te da lástima? Vamos, Dios no ve con buenos ojos esas acciones. ¿Cuándo se va a mover tu corazón, cuándo va a dejar esa coraza de piedra?

ANCIANA

¡Nunca! Si uno no es duro, no puede saber lo que es suave. El mundo es un ensamble de contradicciones.

LA VOZ

Pues me estás cansando con tu dureza. Si no cambiás, soy capaz de no volver.

ANCIANA

Te cogí en la trampa. ¿Amenacitas a mí? No te podrás ir, porque sos mi voz, mi propia voz y sólo para mí suena y tenés tu propia existencia ligada a la mía.

LA VOZ

Sólo en parte. Sólo en parte.
Entra la empleada.

EMPLEADA

Aquí está el teléfono. Perdone que tardara tanto, pero la comunicación se había cortado y tuve que llamar de nuevo.

ANCIANA

Vamos, dejame el teléfono. *(Tose y refina la voz, ya muy afectada dice).* ¡Aló!... Sí, habla ella... Gracias... Estoy bien, muy bien, más de lo que muchos querrían que estuviese... Ya estoy dispuesta a recibir su recado. Diga usted... Ajá... Ajá... Ajá... Ajá... Ajá... *(Cierra la bocina con la mano y le dice a la empleada).* No me mirés con esa cara de idiota, como si de mí dependiera la guerra mundial. Por favor, ve hacia aquel ciprés. Así está muy bien. ¿Decía usted?... Sí, claro, lo he entendido... ¿Qué me aconseja?... Por supuesto que me interesan sus consejos, aunque sea precisamente para hacer lo que usted no quiere que haga... ¿Está seguro?... Entonces, ¿para qué lo dice?... ¿Con suposiciones a mí? Detesto las suposiciones... Yo no he pedido suposiciones, sino consejos... Bueno,

he resuelto seguir con el remate. Si no pagan al momento y en efectivo, siga usted con el juicio... Seré inflexible en eso... *(Cierra de nuevo la bocina y empieza a remedar).* Bla, bla, bla, bla, bla, bla... Lo oigo perfectamente, pero como el acreedor soy yo y no usted, le ruego que cumpla mis instrucciones. He dicho terminantemente que siga con el remate... Adiós... Saludos a su familia... Le agradezco sus buenos deseos... Adiós... *(Cierra el teléfono).* ¡Qué latoso se pone en los finales de conversación!

EMPLEADA

¡Pobre gente! ¡No le dan lástima! Una buena acción en estos momentos significaría como un millón de indulgencias para usted en el cielo.

ANCIANA

Ya he comprado demasiadas cosas en la vida, para comprar ahora indulgencias. ¡Sólo eso me faltaba! Dejame por favor el placer de llegar al cielo como una pobre. No ves que ya he sufrido suficientemente la riqueza en la tierra.

EMPLEADA

Me duele la dureza de su corazón. ¿Qué voy a hacer yo en el cielo, sabiendo que usted está en el infierno? Me moriría de tristeza. *(Lloriqueo).* Por salvar su alma, ¿qué no haría yo?

ANCIANA

Pues comprame una escalera para escaparme del infierno y un par de alas para llegar al cielo; con San

Pedro a la entrada yo me las arreglo. Bastantes historias sé de él, para sacárselas a la cara y lograr que me haga un campito. Además, debe estar tan viejo como yo y debe sentir una lástima terrible por este puñado de reumatismos. ¡Qué falta de imaginación tienen los que fabrican ungüentos y pastillas antireumáticas! Les debían llamar "Secretos de San Pedro".

EMPLEADA

¡Ay, señorita! No se burle usted de las cosas sagradas. ¡Ave María Purísima! Cada día está usted peor. Creo que debía hablar con un padre...

ANCIANA

Eso sí que no. El último cura que me trajiste, me sacó cincuenta colones para una sotana.

EMPLEADA

¡Qué buena que fue usted en esa ocasión! ¿Verdad que le dio lástima el padrecito?

ANCIANA

¡Qué me iba a dar lástima! Traté de quitármelo de encima, me tenía ya empachada con el relato de sus pobrezas: Que si en la iglesia había goteras, que si los niños pobres, que si la mujer sola con un hijo, que si a veces apenas desayunaba...; y cuando por último me enseñó los remiendos de la sotana, encontré la puerta de salida. Una limosna modesta y quitarme al necio de encima.

EMPLEADA

montón de indulgencias que se debe haber gana- con eso!

ANCIANA

único que ganó fue el cura con su nueva sotana y sastre que las hace.

EMPLEADA

, si hablara nuevamente con un padre?

ANCIANA

los curas no les interesa el alma de los ricos. Ni uiera les hablan de eso. Tratan de halagarnos y qué nos sacan. Ellos también se impresionan el dinero que tenemos y saben que esto *(hace un to con la mano)* es lo único que borra muchas as... Ahora, dejame en paz, quiero seguir con meditaciones.

EMPLEADA

prometo no volver a interrumpirla. *(Sale).*

ANCIANA

habrá ido? Me entretuve demasiado conversan- con esa necia. *(Se oye una música de ritmo mo- no).* Caramba, de verdad que has estado ense- do a tus músicos. Me gusta, definitivamente me ta ese ritmo.

LA VOZ

ií estoy de vuelta y con la mejor intención de onder a tu pregunta. ¿Qué me decías sobre vol- a encontrar tu juventud? El asunto es algo esca-

broso y algo tonto. Te podría contestar con un consuelo, que la juventud se tiene adentro y nunca se pierde. Pero eso es demasiado falso para una persona como vos. Te diré entonces lo que creo que es la verdad: que la juventud es una esperanza que se debe poner sobre otras cosas y no sobre uno mismo.

ANCIANA

No te entiendo. A veces hablás como un oráculo griego y sabés que detesto andar adivinando sentidos. Contestá con claridad mi pregunta y no me digás qué es la juventud, eso no me interesa. Precisamente porque sé lo que es, quiero volver a tenerla.

LA VOZ

Te equivocás. Vos no sabés lo que es la juventud. Por eso la andás buscando todavía. Creés que los años jóvenes son aquéllos en que no hay dolores y los músculos no se sienten. Tenés una concepción biológica de la juventud.

ANCIANA

Es que en parte, en buena y sustancial parte, la juventud es biológica. Negarlo sería absurdo.

LA VOZ

Absurdo es ser y vivir.

ANCIANA

¡Otra vez los conceptos! ¡Otra vez los enredos!

LA VOZ

Pues vamos al grano. Te encontrarás otra vez con tu juventud. Un día sentirás que las ventanas se abren de nuevo y que entra la primavera. ¿Estás contenta?

ANCIANA

¡Mucho! La primavera traerá olores de jazmines y ramos de violeta, cielos azules y la piel vibrará como un niño al despertar. Seguí hablando, seguí . . . me embriagan esas pinceladas que trazás en el aire.

LA VOZ

Te encontrarás con tus ojos húmedos y llorarás por dentro de pura dulzura. Será una juventud tan fuerte y tan sentida, como la que tenés ahora con todos los años a cuestas.

ANCIANA

Entonces tendré conciencia del tesoro que poseo. Recordaré lo odiosamente aborrecible que es recibir esos gestos de cuidado al bajar las escaleras, esa lástima destilada con que me ofrecen sillas, esos seres entrometidos que me ven siempre con el pasaporte visado al más allá.

LA VOZ

Y, ¿cuáles eran las otras preguntas?

ANCIANA

Ahora las otras preguntas no tienen importancia. Si tendré de nuevo la juventud, lo tendré todo. Pero . . . sí hay una que importa: ¿Podré disfrutar

verdaderamente cuando me encuentre de nuevo joven?

LA VOZ

Siempre se puede disfrutar y siempre se puede no disfrutar. ¡Depende de tantas cosas! Saber vivir es un arte y no hay técnicas que aprender, sólo sentir, abrir los sentidos y dejarse embriagar.

ANCIANA

Si me embriago, me puedo perder en los caminos.

LA VOZ

Nadie se pierde en los caminos si lleva una luz dentro.

ANCIANA

¿Y cuál es esa luz?

LA VOZ

Tu luz, la luz que cada uno tiene, la que guía todos los pasos, la que te ha dicho que debés rematar mañana esa propiedad.

ANCIANA

En ese momento no tenía más luz que la del instinto.

LA VOZ

¿Y te parece poco el instinto? Es el que guía a los animales hacia el agua cuando tienen sed, el que los lleva hasta la hembra y los retuerce de placer, el que les señala la muerte y la huida.

ANCIANA

ıes entonces la voz de mi instinto no me engaña, ›rque actué bien en lo del remate. ¿Verdad? Tengo ıe defender mis intereses y los de la sociedad.

LA VOZ

ctuaste mal y coleccionaste otra culpa.

ANCIANA

e equivocás. Te equivocás completamente. ¿Por ié opinás sin saber cómo son las cosas?

LA VOZ

horrible rematar a la gente, quitarle lo que tiene. Además, para qué diablos querés más? Todo lo nés.

ANCIANA

lo tengo poder y si el poder no se ejercita, se ›rde.

LA VOZ

poder se puede ejercitar en buenas acciones.

ANCIANA

eso es lo que estoy haciendo. No voy a rematar unos pobres diablos, a quienes quitaré la casita. ınca le presto dinero a esa gente, tampoco se lo ;alo. Jamás me he sentido lotería ni dios. Ade-.s, a esos hay que pagarles en cierto sentido. El lete de lotería vale dinero y no hay nada más cos-o que ser bueno y ejemplar.

LA VOZ

Pero, siempre es malo rematar los bienes de otro por una simple deuda.

ANCIANA

Los tipos a los que estoy rematando tienen una casa de esas . . . a donde va la gente a hacerse el amor clandestinamente. Ya sé que me vas a decir que eso no es malo. Claro que sí. Yo creo lo mismo. Pero los tipos no tienen refugios, sino que explotan a las mujeres adentro. Lo averigüe muy bien. Les dí el dinero que pidieron, aunque mi abogado opinaba que era una pésima inversión. Mi instinto me decía que algún día los podría rematar. Ahora están listos.

LA VOZ

¿Y las pobres mujeres que quedarán sin empleo?

ANCIANA

¡No me salgás con esos recursos! Esas ya encontrarán otro panal.

LA VOZ

¿Panal?

ANCIANA

Sí: panal donde hacer miel a ratitos, sin que nadie se empalague. Por eso el matrimonio no pega, porque la miel se hace todos los días. Las mujeres domésticas no saben hacer panales, creen que eso es cosa de recetas y sirven la miel a todas horas hasta que indigestan.

LA VOZ

¿Quién te ha enseñado tantas cosas?

ANCIANA

Vos y las novelas y la vida y las contemplaciones desde mi ventana y la humanidad que se desnuda cuando una menos piensa.

LA VOZ

¿Te has sonrojado?

ANCIANA

Es que a veces no tenés respeto ni en las preguntas. ¡Mirá, el cielo se ha puesto azul!

LA VOZ

Quizás es un anuncio de la primavera.

ANCIANA

En este país no hay primavera, sólo veranos. El verano es agobiante, no tiene esa fuerza de niñez que siembra poco a poco la primavera.

LA VOZ

Eso es juventud, transformar el verano en primavera y hacer lo mismo con el invierno.

ANCIANA

Con tu permiso, voy a suspirar. ¡Ay!

Entra la Empleada. Trae una carta en la mano.

EMPLEADA

¿Le duele algo a la señorita?

ANCIANA

Me duele como siempre tu presencia en mis momentos de honda concentración. ¡Idiota!

EMPLEADA

Está escrito que hoy no puedo quedar bien con usted. Yo que sólo ansío servirla, que me desvelo por su más pequeño deseo, que no soporto ni siquiera una sombra de tristeza en usted... *(Lloriquea).*

ANCIANA

Si vas a llorar, hacelo cerca de los cactus. Me han dicho que crecen más frondosos con el agua salada.

EMPLEADA

¡Y de feria se burla usted de mis sentimientos! Ya sé que nada valgo, pero por lo menos podría apreciar mi devoción.

ANCIANA

Si naciste para ser devota, ¿qué culpa tengo yo? Te dio por emplear tu devoción en mí y yo he tenido que aguantarla. ¿Qué querés ahora?

EMPLEADA

Darle esta carta de su hermana. Esperan la respuesta en la sala.

ANCIANA

Te he prohibido que pronunciés el nombre de esa mujer en mi casa. Devolvé la carta tal y como ha llegado. No quiero saber nada de ella. Andá, hacelo rápido antes de que me enfurezca en realidad.

EMPLEADA

La pobre está muy mal y quiere tener una entrevista con usted. Creo que para pedirle perdón.

ANCIANA

ólo eso faltaba, que también a esa loca le hayan ntrado los miedos a la muerte. ¡Pues que se muera on ellos! Así no se irá sola.

EMPLEADA

lo sea tan cruel, la señorita fue como una madre ara usted durante los primeros años de su orfandad.

ANCIANA

Un látigo que casi me hace más tonta de lo que oy en la actualidad! No me hagás recordar cosas ejas, sepultadas. Sabés que me hacen daño y me nargan.

EMPLEADA

lega un momento en que los odios deben olvidarse para ello no hay nada mejor que perdonar.

ANCIANA

Perdonar parte de mi vida, perdonar algo de mi opia construcción? Eso sería demolerme y toda- a no me quiero morir. Me ha costado mucho construirme, apenas estoy buscando mi juventud esta terraza para que vos vengás de un momento otro a quitarme todo un cimiento.

EMPLEADA

o la entiendo, pero sé que es bueno para usted ex- nder una mano generosa a su hermana. Hágalo la misma forma en que aceptó a su sobrino.

ANCIANA

¡No quiero oír hablar más de ese asunto! Deciles que devuelvo la carta tal y como llegó, sin abrirla y sin mover una pestaña. ¡Andá ligero y dejame en paz!

EMPLEADA

Señorita, sé que insistir ahora sería como arar en el desierto. Tal vez, lueguito pueda hacer un campo en su conciencia.

ANCIANA

¡Ferdé las esperanzas de una vez y andate a la mayor velocidad! *(Sale la empleada).*

LA VOZ

Ahora llego sin música. Es triste esa historia de tu odio. ¿Por qué no cogés la carta y la contestás con todas las palabras suaves que tenés? ¿Para qué odiar en esa forma tan violenta?

ANCIANA

Ya no odio. Sólo me han quedado las cicatrices. Si pudieras ver todo el daño que me hicieron. Me robaron la juventud, me llenaron de llagas, me ataron las manos y me vendaron los ojos.

LA VOZ

Ya eso pasó. Ahora tenés tu terraza, mi voz y estás esperando la primavera que no existe en este país. Hay, pues, una razón para que seás tan generosa como la lluvia.

ANCIANA

La lluvia tiene truenos y asalta las casas como una banda de bandidos, que tiran pedradas y asustan a los niños.

LA VOZ

Y la lluvia cae mansamente cuando la tierra quiere bañarse para sentir la primavera.

ANCIANA

Yo no soy la lluvia. ¡Sobre mí sólo han llovido pedradas! Por eso vivo sola, con mi voz y con mis bastones.

LA VOZ

No quiero insistir, sé que no serviría con vos. Me voy porque tengo que hacer unas visitas. Visitaré a tu hermana.

ANCIANA

¡No lo hagás! ¡Te lo prohibo!

LA VOZ

Una vez visité a tu sobrino y le enseñé el camino a tu corazón.

ANCIANA

¿Conque fuiste vos? Ya pensaba yo que hablaba casi con mis propias palabras. Pues debés saber que no lo quiero, que nunca lo he querido. Lo desprecio por haberse pasado de bando cuando sus padres se arruinaron. ¿Y sabés una cosa? ¡Jamás lo querré!

LA VOZ

El vendrá con la primavera. Te traerá pájaros azules y te enamorarás de sus trinos.

ANCIANA

No quiero pájaros de esa familia, serían aves de mal agüero.

LA VOZ

Me voy aunque te opongás, porque no te debo obediencia y soy más libre que vos misma.

ANCIANA

¡Andate para siempre y no volvás! . . . Casi digo una palabrota. ¡Esperá! Te voy a contar una historia. Mi hermana murió hace tiempo y no quiero visitar a los muertos. Les tengo miedo. Recogí a su hijo para que no se me apareciera con reclamos en la oscuridad de mi cuarto.

LA VOZ

¿Y lo que dijo la empleada?

ANCIANA

A ella le gusta asustarme con historias de terror. A veces me trae cartas de ella, otras veces me dice que me llama por teléfono. En ocasiones me ha dicho que está en mi propia casa, esperándome en la sala, vestida de negro y llorando incansable.

LA VOZ

¿No me estás mintiendo?

ANCIANA

ómo te voy a mentir con esas horribles historias? s mentiras siempre son bonitas, o por lo menos etendo que lo sean.

LA VOZ

lo mejor hoy te dio por inventar mentiras feas. ñana sabré qué es cierto. Voy a buscar a tu her- na, tal vez ella esté con la primavera.

ANCIANA

o la busqués! ¡No la quiero ver! Tiene mis smos ojos, pero su mirada es muy fea. Las manos cuelgan del cuerpo y en sus hombros se estrecha a vergüenza de haber nacido. ¡No me la traigás r favor! ¡No quiero verla!

LA VOZ

traeré sólo lo mejor de ella.

ANCIANA

? Entonces sí. Le gustaba cantar con el viento. ponía en la ventana y abría la boca y decía que viento al pasar le dejaba secretos. Entonces co- nzaba a cantar, suave y dulce. Traeme eso, nada s que eso.

LA VOZ

te traeré también sus flores. Estoy segura de que gustaban las flores. ¿Cómo eran las flores que gustaban?

ANCIANA

Las más pequeñitas, las que nacían entre la hierba, las que nadie veía, las que todos pisaban.

LA VOZ

Mañana tendrás sus canciones y sus flores, para que se apaguen los odios.

Entra la empleada con un libro en la mano y un rosario. También trae un chal que le pone en los hombros a la Anciana.

EMPLEADA

Ya se fueron. Les dí su recado y se marcharon muy tristes. Ahora la casa está en paz. Vamos adentro a rezar un poco. A rezar un poquito para que se alivien sus reflexiones. *(La toma de un brazo y la anciana se deja llevar).* Hace un poco de frío afuera. Tal vez mañana llegue la primavera y pueda salir un ratito. Ahora, vamos a rezar en paz. Vamos a prepararnos para que la noche venga tranquila y no nos asuste.

ANCIANA

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa . . .

TELON

ALBERTO CAÑAS

EL HEROE

jurado, aún sin formular el juramento con palabras, aún sin saberlo, que los caminos de ustedes han quedado cubiertos de lava y no son caminos ya . . .

MAURICIO

—Jorge . . .

JORGE

—Déjenme en paz. Váyanse de aquí, todos, los tres. *(Se apodera del revólver).* Váyanse de aquí si no quieren que los liquide a todos. Desgraciadamente, yo voy a sobrevivir. No me hacen falta cuidados. Váyanse y déjenme aquí, que yo regresaré mañana a mi casa y no contaré nada. Diré que fue un accidente . . . O simplemente no regresaré nunca. *(Examina el arma).* Este revólver tiene todavía dos balas. De algo pueden servirme esta noche. *(Pausa).* Aunque quizás haría mal en dispararlas. *(A Sara).* Te privaría del placer de hacer un nuevo intento.

SARA

—*(Histérica).* ¡Canalla! ¡Asesino!

JORGE

—Sí, asesino, canalla. ¿Quieres saber una cosa? Lo maté a sangre fría. Y aquí estoy. Lo siento, Sarita, pero esta vez pifiaste. Mejor suerte en la próxima. Lo harás sin zalamerías y sin venir luego a pedirme perdón. Pero apunta bien, que en un hombro no luce. Apunta al pecho. O mejor, a la cabeza. *(Pausa).* ¿Qué esperan? ¡Salgan de aquí! *(Les*

Estrenada por el Teatro Universitario, en el Teatro Arlequín, el 24 de febrero de 1956, con el siguiente

REPARTO:

Sara ..... Ana Poltronieri

Mauricio ..... Nelson Brenes

Raúl ..... Jorge Müllner

Jorge ..... Oscar Bákit

Dirigida por Luccio Ranucci

La acción ocurre en un país latinoamericano, diez años después de un período de guerras civiles. En una casa de campo semi-abandonada. En el atardecer y la noche de un domingo.

A Gonzalo Facio

El salón de recibo de una vieja casona campestre. En otro tiempo, éste fue lugar de veraneo, de alegre concentración familiar y de amigos. Sin embargo, como el transcurso del tiempo ha ido disolviendo ciertos lazos y dispersando a la familia, ya nadie viene por aquí. No es que deliberadamente fuera abandonada; es que un año, al terminar la temporada, la familia se fue y la cerró, y por alguna razón no regresó al año siguiente, y hace ya varios años que no viene. Los miembros de la familia propietaria que tienen a su cargo la hacienda que la rodea, llegan ahora rápidamente en automóvil y casi nunca penetran en la casa. Pero ésta quedó tal cual la dejaron.

En el salón están todavía los viejos muebles, un poco empolvados, de sabor añejo, muebles que se traían cuando ya no se les podía usar más en la casa de la ciudad, adornos pasados de moda, raídos cortinajes.

En primer término, a la derecha, se destaca un escritorio con su silla, y al fondo, junto a una lámpara que no alumbra, el sillón forrado en cuero, ya muy gastado, en que el jefe de la familia acostumbraba leer por las noches; en algún lugar quedó arrinconada una mesa, distinta a los demás muebles, en torno a la cual se jugaban cartas. A la

derecha hay una puerta que conduce a lo que fuera el dormitorio de Jorge; en el fondo, derecha, una puerta que lleva al interior de la casa. La pared del fondo se interrumpe antes de llegar al extremo de la izquierda, y forma una oquedad para dar lugar al zaguán que sirve de acceso desde el exterior. La pared de la izquierda está formada por un ventanal que da vista a un jardín abandonado. Las cortinas de este ventanal están cerradas. La habitación está a oscuras.

Sara está sentada junto al escritorio, en actitud distraída; en calma perfecta. Viste un traje sencillo de mañana, o slacks de campo. Por el zaguán aparece Mauricio, correctamente trajeado. Sara lo mira entrar y parece no alterarse.

SARA

—¡Papá! *(Se levanta y se dirige a él).*

MAURICIO

—*(Casi rechazándola).* Bien, bien. Dime cómo se encuentra. No murió, ¿verdad?

SARA

—*(Sin perder la calma).* No. Fue sólo una herida en el hombro. Cuando te llamé creí que se iba a morir. *(Pausa. Su calma es ya inusitada).* Ha perdido mucha sangre; eso sí.

MAURICIO

—Tú no andabas buscándole . . .

SARA

—A lo mejor sí. Siempre que paso por aquí lo he buscado, y paso a menudo, sin ningún motivo. De pronto, esta mañana le vi. Me pareció que era la oportunidad esperada. Tú nunca me creíste cuando te lo decía, pero ya ves que iba en serio. No sé cómo detuve el automóvil. Ya no me daba cuenta de lo que hacía, pero creo que lo hice con calma. Me bajé y me interné por los potreros; él estaba a unos cien metros de camino. *(Pausa).* No sé qué ocurrió: de pronto disparé. Una y otra vez. Al primer tiro cayó. Yo estaba segura de que lo había matado. Me acerqué; todavía respiraba. Me pareció entonces *(comienza a perder la calma)* que en vez de haber cumplido un juramento, había provocado un accidente, y el cielo me había caído encima. Lo recogí entonces, y casi arrastrado lo llevé hasta el automóvil . . .

MAURICIO

—¿Nadie te vio?

SARA

—Nadie. Pero no tuve valor para dejarlo desangrándose, que era lo que yo había soñado con hacer. Y le traje hasta aquí.

MAURICIO

—*(Insistente).* ¿Nadie te vio entrar?

SARA

—Nadie. Como hoy es domingo, los trabajadores andan lejos. Y esta casa está aislada. Con el propio

carro tuve que romper el portón del garaje, y lo arrastré hasta su dormitorio. Allí lo dejé tirado. Y luego, el largo viaje hasta el pueblo, para buscar un teléfono y llamarte . . .

MAURICIO

—¿Llamaste a un médico?

SARA

—Llamé a Raúl García; como es pariente de Jorge. fue el único que se me ocurrió. Llegó hace un rato, y está con él. Tú tardaste demasiado.

MAURICIO

—El trayecto es largo. *(Pausa).* Y . . . ¿dónde está?

SARA

—Ya te dije que en su viejo dormitorio. *(Por fin se quiebra un llanto).* Pero se está muriendo, Papá, se va a morir . . . No sé qué hacer, no sé qué hacer, se va a morir. Y yo, yo lo maté. Durante años lo juré, proyecté y soñé hasta el más mínimo detalle. Yo quería matarlo, Papá, y ahora que lo he matado lo que quiero es morirme yo.

MAURICIO

—Pero dices que es una herida en un hombro nada más.

SARA

—Se va a morir. Yo no nací para matar . . .

MAURICIO

—No te exaltes: si la herida es en el hombro, será leve y no morirá. Es cuestión de que Raúl lo atienda y . . .

SARA

—Se va a morir, Papá, se va a morir, y "ya serán dos mis muertos".

MAURICIO

—La verdad es que no sé cómo se te . . . *(Comprende que reprenderla es inapropiado).*

SARA

—Otro muerto, Papá . . .

MAURICIO

—La sangre siempre trae sangre.

SARA

—Sí, pero Miguel no murió por mi culpa. Yo no le vi morir, yo no le recogí; yo sólo vi un cadáver descompuesto que no se podía reconocer. Murió como un perro, murió entre lodo y boñigas, con sus compañeros. Pero esto sí es obra mía, yo lo hice con mis manos.

MAURICIO

—Tú habías dicho que cuando muriera, sería por su propia obra.

SARA

—Sí, lo dije y lo grité. Pero quizás lo que quería era simplemente que Jorge lo supiera; que se enterara

que yo sabía quién había matado a Miguel; que supiera que yo estaba decidida a vengarlo; que se atemorizara, que se escondiera, que huyera, que no pudiese vivir tranquilo. *(Pausa).* Y seguía viviendo tranquilo, con aureola de héroe, en medio de medallas y homenajes, riéndose de mi desgracia. Si le hubiesen matado, si le hubiesen empujado y escarnecido, si en vez de tenerle por héroe le hubiesen tenido por asesino —que es lo que era— yo habría quedado tranquila. Pero había matado a Miguel y las gentes lo aclamaban.

MAURICIO

—No lo aclamaban por la muerte de Miguel. Era porque había sobrevivido, porque había triunfado. Además, esas son las guerras, esas son las revoluciones.

SARA

—Sí, ahora puedo comprenderlo. Pero no lo comprendía antes. Antes, yo sólo veía el horrible cadáver de Miguel y a mi hija huérfana.

MAURICIO

—Veías también la derrota. Si a pesar de todo la causa de Miguel hubiese salido victoriosa, te habrías sentido un poco reconfortada.

SARA

—Sería la viuda de un héroe, no una mujer abandonada.

MAURICIO

—Yo no te he abandonado nunca. Nadie te ha abandonado. Lo que sucede es que las victorias son insolentes . . . Las victorias, más que los victoriosos. *(Se oye un ligero gemido. Sara, haciendo su primer movimiento rápido, se dirige al dormitorio. En la puerta de éste aparece Raúl; está en camisa, con las mangas arrolladas. Su saco está tirado en una silla).*

SARA

—*(Alterada).* ¿Qué ocurre?

RAUL

—Nada. Todavía no ha recobrado el conocimiento. *(Mientras habla, corre las cortinas y aclara la habitación).* Pero la herida no es grave. *(Parece dirigirse exclusivamente a Mauricio).* Se desangró mucho, pero el muchacho es fuerte y vigoroso, y va a resistirlo.

MAURICIO

—*(Se sienta en el sillón del fondo, del cual en lo sucesivo sólo se levantará en contadas ocasiones).* ¿De veras no es grave?

RAUL

—No te preocupes. Es un poco profunda, pero no ha afectado ningún órgano. La bala le atravesó así. *(Lo demuestra).* Estoy seguro de que recuperará muy pronto.

MAURICIO

—Gracias, Raúl, por venir. Y perdona que Sara te hubiese molestado. *(Gesto de protesta de Raúl).*

Yo sé que tú no has estado en buenos términos con el muchacho. Que no se hablaban ya.

RAUL

—Hemos estado distanciados. *(Sara se sienta a escuchar).* Pero yo quiero a Jorge. Lo que pasa siempre: las locuras de muchacho, las distintas maneras de pensar. El todavía se siente el salvador de la Patria. Y cree que a los salvadores de la Patria debe rendírseles constante pleitesía. *(Busca su saco, se arregla las mangas, dando la impresión de indiferencia, como si él fuera mero espectador de lo que ha sucedido).* Cree que no se les debe discutir nada de lo que piensan y nada de lo que hacen. *(Sara guarda un silencio deliberado).* Esa muchachada que se lanzó a la guerra, cree desde entonces que todo se le debe. Se apoderaron del triunfo como si fuera sólo de ellos, para hacer lo que les viene en gana. Y uno no puede estar de acuerdo con ellos en todo. Es más: yo no estoy de acuerdo en nada. Ustedes saben que yo estaba de parte de ellos, cuando estaban peleando. Pero la guerra fue de todos, para restablecer las cosas. Y ellos tomaron su heroísmo como si se tratara de la creación del mundo. *(Pausa. Sara y Mauricio permanecen en grave silencio).* Ahora, nosotros tres podríamos conversar tranquilamente del asunto, y dolernos de las cosas a que puede llevarnos la pasión; él no: para él, su acto fue la eterna lucha entre el bien y el mal, en la cual el bien, que es él, derrotó al mal. Lo ocurrido no es para Jorge un episodio; es la razón de su vida. Y

cree que de allí viene el permiso divino para que él y sus compañeros se apoderen de todo, rompan las tradiciones y renieguen de todas las cosas. Puede que sea sólo locura de muchachos, pero... ¿dónde quedamos los demás? Arrinconados, mientras la hazaña les bendice un afán de dominar, de imponerse, de apoderarse de la verdad como si les perteneciera, como si aquí, antes de ellos, sólo hubieran existido el caos, la ignorancia y la maldad. Si uno le habla, contesta con arrogancia: "Ustedes nos lanzaron a morirnos, y creen que nos jugamos la vida para salvarles a ustedes la siesta". En ese momento deja uno de pensar que la guerra tuviera razón de ser, y deplora lo acurrido. De allí a las palabras fuertes hay muy poco trecho.

MAURICIO

—*(Sentencioso)*. No se puede vivir a la par de los héroes. Quieren seguirlo siendo, quieren indicar el camino, y prohiben que se olvide su condición por un segundo. Yo puedo decirlo porque no soy parte de lo que sucede. Yo soy un derrotado de la guerra. Y mi hija, una víctima. Pero ustedes que fueron, por decirlo así, los rescatados, deben estar sintiendo que ellos les reprochan diariamente ese rescate. Y si ellos no les hubiesen desplazado, entonces el reproche sería más grosero, porque entonces la deuda que estarían cobrando sería mayor.

SARA

—*(Tras un silencio incómodo y en un afán de cambiar el tema)*. ¿Recuerda, doctor, esta casa?

RAUL

(Nostálgico). Sí, Esta fue una de las cosas que desaparecieron. Ya ves, Sara, que aquí ya no viene nadie. Esta soledad y este abandono son como un símbolo.

SARA

—*(Que comprende que el punto de vista de Raúl es falso).* Pero él viene aquí a menudo.

RAUL

—Creo que ni siquiera entra en la casa. Discurre por los campos cazando, según me dicen.

SARA

—Aquí aprendió a manejar las armas.

RAUL

—Y yo soy el responsable. Todavía, en medio de todo, me conmueve recordar aquellos veranos en que me llevaba yo a mi sobrino de cacería. Recorríamos toda esta finca, y la tuya, Mauricio. ¿Te acuerdas del día en que nos metimos por tus cercas y en un descuido mío el muchacho te mató una vaca? *(Quiere reirse de la anécdota).*

SARA

—No fue él, doctor, el que disparó ese tiro; fui yo. Pero él no quiso que papá me castigara, y se echó la culpa.

MAURICIO

—Era un muchacho noble.

SARA

—*(Histérica).* Y luego se convirtió en un asesino. El mató a mi marido, doctor, y lo dejó en un charco desangrándose. Y yo quedé con mi hija recién nacida, sola.

RAUL

—*(Los viejos recuerdos le inducen a defender a Jorge).* Fue una batalla, Sara. No un crimen.

SARA

—¿Cómo no va a ser un crimen matar? "No importa por qué, no importa en qué circunstancias". ¿Por qué va a ser héroe el que mata en una forma, y asesino el que mata en otra?

RAUL

—Tal vez tú no sepas cómo ocurrió. Fue la patrulla de Miguel la que atacó y disparó primero. Ellos se limitaron a retroceder para tenderles una emboscada. No te atormentes, Sara, con esa idea. No fue un asesinato. Fue una lucha entre dos grupos de hombres en guerra . . . Pero olvidémonos de eso . . .

SARA

—Olvidar . . . ¿Cree usted que puedo? No, yo no podré olvidar nunca. Y a partir de hoy, menos. Ahora la tortura va a ser doble.

MAURICIO

—Pensemos en que es lo que debemos hacer. Si llevar al muchacho a un hospital, o . . .

RAUL

—Me parece que está demasiado débil para un camino tan largo y tan malo. Lo más aconsejable sería dejarlo aquí.

MAURICIO

—Pero ¿cómo? Aquí no hay comodidades.

RAUL

—Podríamos traer una enfermera . . .

SARA

—No. Ni hospital ni enfermera. Que nadie se entere, que nadie sepa. *(Aterrorizada).* Me meterían a la cárcel. La policía . . . los policías le adoran, él es su héroe, me torturarían, me encerrarían, yo no quiero separarme de mi hija. Papá, no dejes que me encierren. ¿Verdad que no vas a permitirlo? Que no venga nadie. *(Se dirige al escritorio donde había dejado su bolso y rápidamente saca un revólver).* Si usted llama a una enfermera, lo mato a usted, doctor; con este mismo revólver con que lo maté a él.

MAURICIO

—Cálmate, muchacha, cálmate, que no vamos a llamar a nadie. *(Se acerca a ella lentamente).* Nadie va a encerrarte; nadie va a traer aquí enfermeras ni gente de ninguna clase. *(La alcanza y la acaricia; ella dejar caer el brazo con el arma).*

RAUL

—Ni Jorge mismo dirá nada cuando sane. Dirá que fue un accidente.

SARA

—*(Recobrando la tranquilidad).* Nada podrá decir porque no me vio. *(Deja caer el revólver. Raúl lo recoge y lo coloca sobre el escritorio).* Yo estaba oculta tras un matorral. Y cuando llegué a él, ya había perdido el conocimiento.

MAURICIO

—Está bien. *(A Raúl).* Será mejor no contradecirla; está muy nerviosa.

SARA

—Ustedes pueden irse si quieren. Yo me quedaré con él. Yo le atenderé. Usted me dirá lo que tengo que hacerle.

RAUL

—No, Sara. Tú no puedes quedarte sola con él. Yo me quedaré aquí esta noche. Y Mauricio también. Si mañana está mejor, podremos llevárnoslo. Y si no, ya haremos otros arreglos.

MAURICIO

—Mañana tú estarás más calmada.

RAUL

—En tal caso, sería mejor que yo fuera al pueblo para avisar en mi casa que no me esperen, y para traer más vendas y desinfectantes.

MAURICIO

—Yo iré contigo. Me parece que además hay que traer por lo menos café. No vamos a pasarla en ayunas.

SARA

Vayan sin preocuparse. Yo iré a la cocina a ver si aquello está en orden.

RAUL

—En orden, es posible; pero dudo que encuentres nada. A esta casa no viene nadie hace años. *(Sale Sara, como conocedora de la casa; Raúl enciende un cigarrillo y comienza a observar la habitación con cierta tristeza).*

MAURICIO

—¿Estás seguro de que la herida no es grave?

RAUL

—*(Displicente).* ¡Qué va a ser grave! A estos no los mata nada . . . *(Reacciona).* La que me conmueve es Sara: está demasiada alterada.

MAURICIO

—No es para menos, después de lo que ha hecho.

RAUL

—Tuvo suerte. La herida es muy leve. Lo único que le va a producir es debilidad. Pero es tan fornido que no lo sentirá siquiera. Perdió un buen poco de sangre, pero yo creo que mañana podrá moverse. Lo que le dejó inconsciente fue de seguro el golpe al caer; posiblemente dio con una piedra o algo así. Y luego, la pérdida de sangre, claro. Pero no tardará en volver en sí. Mañana va a querer subir al automóvil por sus pies.

SARA

—*(Entrando).* Hay con qué cocinar. Lo que no hay es qué cocinar.

MAURICIO

—Nosotros lo traeremos. Y mejor vamos ya, que se hace tarde.

(Salen Mauricio y Raúl. Sara queda sola. Comienza a recorrer la habitación, observando cada cosa. De pronto, como involuntariamente, comienza a hablar).

SARA

—¡Que no se muera, Dios mío, que no se muera! ¡Que no me separen de mi hija! ¡Yo te juro que ya lo he perdonado! Yo no le dejé morirse; yo lo recogí. Y estuve junto a él. Le toqué el corazón. ¡Cómo palpitaba! *(Imita con las manos el latido del corazón; las manos parecen cobrar vida propia y arrastrarla. Se refrena).* ¡Era tan triste verlo allí, en medio de la yerba! Y tan hermoso . . . Como si no hubiera pasado nada, como si los años no hubiesen transcurrido. Parecía como antes, como cuando andábamos juntos por ese campo. *(Como iluminada).* Se tiraba de pronto sobre esa misma yerba y me tomaba la mano. *(Se la acaricia ella misma).* "Sarita, me decía, ahora sí que te quiero . . . " Y una vez me besó en la boca. *(Retrocede como asustada).* Yo me aterroricé. Nadie me había besado nunca y yo sólo tenía dieciseis años. Y él se rió diciéndome que yo no era su novia sino un animalillo salvaje. El sí era un animalillo salvaje. *(Pausa).* ¡Sálvalo, Dios mío, no dejes que se muera! Era tan dulce

antes, y tan bueno... Yo no he podido olvidar la infancia. Cuando yo tenía diez años, caí en la acequia, y él me tendió la mano. Yo creía que él me había salvado la vida. Y de pronto, me pegaba y me tiraba del pelo. ¿Por qué lo hiciste luego malo y cruel? ¿Por qué tomó en sus manos las ametralladoras? ¿Por qué me mató a Miguel, Dios mío? ¿No ves que desde entonces tiemblo cuando lo veo pasar, sonriente, jovial, mientras yo me desespero, vestida de negro, siempre sola, sin marido y sin amor? Y ya él no me veía, no me podía ver, porque sabía que yo había jurado matarle, y matarle no era sólo matar la muerte de Miguel, sino matar mi infancia a la par suya y mi beso de dieciseis años. *(Ha llegado junto al escritorio donde reposa el revólver; se sienta, y comienza a tratar de abrir las gavetas; de pronto, hay una que cede. Sara saca de ella una pañuelo)*. Un pañuelo suyo. *(Lee la marca)*. Una J. Y con manchas de besos. *(Lo tira sobre un escritorio; saca de la gaveta un cuaderno)*. Algebra; quinto año. *(Sonríe. Extrae un libro)*. "El Romance de Yanina"; este libro era mío. *(Saca de él una marca)*. No pasó de la página quince... *(Ahora es un lápiz, un antiguo tintero, una carta vieja. Lee)*. "Querida Mamá..." *(La deja)*. Y esto, ¿qué es? *(Sigue sacando objetos)*. Una flor marchita... Esta flor... *(Recuerda, con la flor en la mano)*.

(En el dintel de la puerta, apoyándose difícilmente en él, ha aparecido Jorge, pálido, con un brazo en cabestrillo, casi arrastrándose. Es alto, esbelto, de aspecto taciturno).

JORGE

—*(Firme).* ¿De manera que fuiste tú . . . ?

SARA

—*(Sorprendida. Un grito).* ¡Jorge!

JORGE

—Fuiste tú . . . quien me recogió. Gracias.

SARA

—No, Jorge . . . Fui yo . . . quien disparó. *(Pausa).* Con esto.

JORGE

—*(Avanza hacia ella. Incrédulo).* No creí que fueras capaz . . . Me siento mal . . . *(Sara se incorpora y lo ayuda a sentarse en un sillón).*

SARA

—Yo tampoco me creí capaz de hacerlo. Perdóname, Jorge. Perdóname. Mira, estaba viendo estas cosas viejas, recordando, sólo para sufrir más.

JORGE

—*(Indiferente a los recuerdos).* Por fin lo hiciste. Durante diez años he esperado que lo hicieras. No creas, ahora estaré más tranquilo. Ya no sentiré que tus ojos me persiguen cada noche. *(Pausa).* Ya lo hiciste. Bien, ahora, ¿qué?

SARA

—Ahora quisiera no haberlo hecho. La verdad es que la venganza no es dulce, Jorge. La venganza es un trago amarguísimo. Lo único dulce debe ser soportar.

JORGE

Ie lo dices a mí . . . Ahora tú sabes que matar es rgo. Que es amargo ver cadáveres a nuestros , y ver sangre ajena en nuestra ropa. Se embria- uno, es cierto, pero de dolor, de acidez, de asco. cadáveres huelen mal. Y entonces, en las sierras, que quemarlos. Y se incorporan de entre las as como demonios.

SARA

Horrorizada). ¡Cállate, por favor!

JORGE

no regresa luego a que lo carguen de medallas. hay que ver lo que se ha dejado atrás.

SARA

ntonces, ¿por qué lanzarse hacia ello?

JORGE

¿stás dispuesta a escucharme? Porque hay un mo- to en que no se puede aguantar más. Porque pegaban, porque nos metían a las cárceles, porque mataban en las calles, porque nos tenían huyen- Los hombres podemos cansarnos de huir, de nos golpeen, de vernos morir, y de pronto deci- s matar. Eso es todo; es muy simple.

SARA

ro Miguel no mataba . . .

JORGE

—Ay, Sara, Miguel dejaba que mataran . . . lo veía con indiferencia.

SARA

—Era un hombre bueno . . .

JORGE

—Tú lo crees así. Fue bueno contigo, era buen esposo, buen padre. Pero un día estaba frente a mí, y dio la orden de fuego.

SARA

—Era su deber.

JORGE

—¿Y cuál era el mío: Morir en el lodo en que él murió? *(Reacciona).* Perdóname, pero no quise hablar de eso: No, Sara, los hombres no realizamos hazañas con el propósito de realizarlas; eso es mentira. De pronto salen los demás y proclaman que uno fue un héroe. Héroe es el que estaba allí y nada más. Si hubiese estado en otro sitio no lo sería, y el héroe sería otro. Las viejas dicen de alguien que murió, que "estaba en la raya"; el que sobrevive también lo estaba; y el que estaba en la raya salió convertido en héroe. A la larga, héroes son todos los vencedores. Y entre los vencedores, hubo unos que mataron sabiendo a quien mataban; otros que dispararon contra un bulto y no supieron quién era el muerto; y otros que no dieron en el blanco. Luego, todos desfilan por las calles entre flores. ¿Y sabes una cosa? El remordimiento que se siente más hondo, no es por los que

murieron a manos nuestras, sino por los que murieron junto a nosotros. Los amigos que cayeron nos fueron dejando solos, cada vez más solos. No hay soledad más espantosa que la que se siente en una noche de montaña junto al cadáver de un compañero de armas.

(Sara retuerce nerviosamente un pañuelo).

—Más tarde, conforme pasan los días y los años, nos sentimos más solos de ellos. Vemos a sus padres, a quienes de veras amamos. Y lloran junto a nosotros. Aquí, en este hombre, he sentido lágrimas de esas. Pero... ¿no hay un rencor escondido en esas lágrimas? Parecen decirnos: "¿Por qué sobreviviste tú y no mi hijo? Tú tienes tu propia medalla; la de él, la tengo yo y él no la vio nunca, no supo que la había ganado". *(Pausa).* Y luego, las cosas imperceptibles que va uno perdiendo. Tú, por ejemplo. ¿No eras mi compañera de infancia? Y ahora me odiabas. Cuando te veía, sólo podía mirar tus ojos de odio. Y yo me esforzaba por recordar un beso que te había dado una vez, ¿recuerdas?, que era el primer beso que yo daba.

SARA

—*(Transportada por el recuerdo).* ¿Me amabas entonces?

JORGE

—¿Qué importa ahora?

SARA

—Jorge: ¿me amabas entonces?

JORGE

—Amaba todo esto; amaba esta vieja casa de los veranos familiares; amaba estos campos; amaba las mañanas de cacería con el tío Raúl; y las escapadas hacia las pozas, a bañarme desnudo; y amaba las carretas llenas de café en que nos subíamos, y los caballos, y aquellos enormes jugos de naranja helados que tu madre o la mía nos preparaban al regreso; amaba las enredaderas donde nos ocultábamos para ver a tu hermana con su novio; y las montañas que se ven desde aquí, las montañas donde yo fui a pelear una vez; y el sol que me hacía sudar, y el olor a tierra que tú despedías después de las largas caminatas. Tú eras parte de todo eso; luego, te amaba también.

SARA

—Después cambiaste. Ya no eres el mismo.

JORGE

—Yo no cambié. Me cambiaron. Yo no sabía odiar. Ninguno de nosotros sabía odiar. Y de pronto un día, cuando acabábamos de vencer los veinte años, descubrimos que habíamos aprendido. Nos hacíamos hombres en medio del odio; había hombres perseguidos, hombres vejados y hombres asesinados. Cuando yo analizo ese odio, me conformo con saber que no vino de primero; que surgió para enfrentarse a otro, desatado no se sabe contra qué, pero que destruía, que insultaba, que incendiaba y escarnecía. El odio se me hizo, como se nos hizo a todos, irremediable como la muerte.

cayó encima. Pero no nos quedaba otro cami-
Tú no sabes el esfuerzo que significa el dejar
o de odiar. *(Pausa).* Y ya yo no odio. Ahora
quiero que me dejen en paz, que me dejen solo.
qué no me dejaste en paz? *(Reflexiona. Súbita-
te).* ¿Quién me vendó esta herida? Mejor me
eras dejado desangrarme.

SARA

o llamé a tu tío Raúl.

JORGE

ése? *(Ríe).* Me curó por obligación de médi-
como a un desconocido . . .

SARA

Qué ocurre entre ustedes dos?

JORGE

odas las cosas Cuando regresé de la guerra, noté
un cambio. Yo representaba la ruptura de una
ición que él creía indestructible. Habíamos roto
paz. Éramos gente peligrosa, capaz de matar . . .
apaz de matar. Yo, su sobrino querido, había
ado. El comprendía que todo había tenido fines
istas, fines patrióticos, pero el hombre que ha
ado inspira desconfianza. El hecho es más im-
ante que el propósito. Ya se acostumbró a matar,
quier día lo hará otra vez, con otros fines. Para
so es una obsesión. Yo soy una amenaza a la
Al comienzo, parecía sentir alguna admiración:
tros éramos los que nos lo habíamos jugado todo

por un ideal. Sonaba bien, ¿no? Más tarde, la intranquilidad comenzó a roerle: éramos, más bien, gente que había . . . derrocado a un gobierno; gente, en consecuencia, capaz de derrocar a otro, a cualquiera que no nos gustase. Y en ese momento el gesto dejó de tener importancia, ante las consecuencias que de él podían desprenderse. No podíamos seguir transitando por la misma calle. El héroe, que en esos términos se refiere burlonamente a mí con frecuencia, a pesar del idealismo que pueda haberle guiado, tiene para él características de arrojo personal que es capaz de poner al servicio de cualquier cosa, con tal de ponerlas en evidencia. Y a sus ojos, esto lo convierte en un mercenario en ciernes, en un aventurero. Un día me lo gritó.

SARA

—¿Y por qué me dices a mí esas cosas?

JORGE

—Tus preguntas me llevaron a decírtelas. Además, tú eres la única que ha intentado destruirme de un solo golpe. *(Pausa).* Sucede que no es sólo él: es que muchos de los que nos rodeaban, y nos aclamaban, se fueron dejando llevar por la misma idea. Yo, *(grita)* estoy orgulloso de mi conducta. Una hazaña es un acto de voluptuosidad. Si a veces desprecio a los que no me acompañaron, continuamente sufro el recelo con que me ven. Oficialmente, somos héroes. Pero cuando volvemos la espalda, somos sujetos peligrosos que mejor estuviéramos muertos, o a miles de kilómetros donde no seamos

una amenaza. Si yo hubiera hecho lo que hice por vocación, quizás no me importaría. Pero fue la casualidad la que me puso allí. Y lo que de día puede ser mi motivo de soberbia, de noche es la pesadilla persistente. Me veo otra vez atacado, acorralado, y me desespero porque estoy impotente para defenderme, para atacar, para repetir lo que hice. En cambio, si hubiera muerto... *(Hace un gesto de dolor, se lleva la mano a la herida y se deja caer en un sillón).*

SARA

—*(Lo mira indiferente).* ¿Y de quién esperas conmiseración? ¿De mí? *(Jorge no contesta; poco a poco se ha ido haciendo de noche. Sara lo contempla fríamente. De pronto, acude presurosa y corre a aliviarle, mientras se apaga la luz).*

(Cuando la luz se enciende, ha pasado una hora. Sara, extenuada, se ha dormido al pie del sillón en que Jorge duerme. Hay unos segundos de inmovilidad. Aparecen Raúl y Mauricio con algunos paquetes).

RAUL

—Bien, aquí estamos. *(Se da cuenta de la situación, y reacciona bajando la voz).*

MAURICIO

—¡Sara! *(Se acerca a ella y la toca).*

SARA

—*(Sorprendida).* ¿Qué? ¡Ay; ya están de vuelta! *(Se incorpora).* Me quedé dormida.

RAUL

—Y Jorge, ¿qué hace aquí?

SARA

—Se levantó y estuvo largo rato como desvariando, hasta que se tumbó en ese sillón. Pero no está tan débil como era de temer. Caminó, gesticuló . . .

RAUL

—¿Ves como no era cosa de desesperarse? Yo te dije que la herida no tenía importancia.

SARA

—Préstenme esas cosas; voy a llevarlas a la cocina y prepararé algo.

RAUL

—Esto no, que son las vendas.

MAURICIO

—Puedes llevarte éste también. *(Sale Sara; Mauricio se dirige a Jorge).* Jorge . . . Jorge . . . *(Jorge abre los ojos).*

RAUL

—¿Qué haces aquí? Deberías estar acostado.

JORGE

—Estoy bien, ya me pasó. Sólo fue un dolor agudo.

MAURICIO

—Pero . . . ¿te sientes bien?

JORGE

Sí, me siento mejor. *(Se incorpora).* Puedo levantarme, puedo caminar *(lo hace)*, puedo hablar.

RAUL

Sí, ya Sara nos contó.

JORGE

¿Qué les dijo?

RAUL

Que habías . . . que habías hablado con ella.

JORGE

Mucho, hablé mucho. Hablé más de lo que debía.

MAURICIO

Y ella . . . ¿habló también?

JORGE

Podría decirse que no.

MAURICIO

Yo habría esperado que fuese ella quien hablara. Es ella quien debió hablar, ella la que tenía algo que decir.

JORGE

No veo por qué.

MAURICIO

Es ella quien te debe una . . . explicación.

JORGE

—Este no es asunto que requiera explicaciones. Las explicaciones ocurren en los asuntos sin importancia. En los casos graves sobran. Y este es grave, ¿no?

MAURICIO

—Claro que lo es.

JORGE

—Pero no es grave por lo que Sara haya hecho o intentado hacer. Es grave por una serie de razones distintas.

MAURICIO

—Sin embargo, por más inadecuado o insuficiente que parezca, lo menos que yo puedo hacer es pedirte perdón. *(Raúl parece haberse retirado de la escena).*

JORGE

—¿Usted?

MAURICIO

—¿Quién si no? Tienes que darte cuenta de que Sara no sabe lo que hace. Desde que Miguel murió, *(esto lo dice con cuidado)* no es la misma. Ella lo ha presentado todo como un afán de venganza. Y quienes no logran penetrar en ella parecen explicárselo. Ven en Sara sólo a la muchacha que quedó viuda muy joven, en circunstancias muy trágicas, con una niña pequeña. Pero esas cosas no siempre producen desequilibrio.

JORGE

—*(Con ligera impaciencia).* No comprendo bien.

MAURICIO

—La determinación de Sara no es, a pesar de los años transcurridos, una determinación fría o razonablemente calculada. ¿No te das cuenta tú, Raúl, de que no es posible justificar un acto impulsivo en causas que ocurrieron hace tantos años? A veces, durante todo este tiempo, parecía que en ocasiones desistía de su propósito. Entonces se sumía en una horrible postración, en una depresión de llantos y ropas negras. Y algunas veces comenzaba a hablar, a hablar interminablemente, con todo aquél que quisiera escucharla, de cómo algún día había de matarte, tal como tú habías matado a Miguel; entonces parecía renacer, se vestía de colores, caminaba de prisa por las calles. Yo, que ansiaba verla así, animada, exuberante, en cierta forma le fomentaba ese estado de ánimo, a pesar de la idea que lo acompañaba, que de todos modos nunca tomé en serio. A veces regresaba a casa con una arma fina y recién comprada que luego dejaba abandonada en cualquier rincón. Más de una vez, tú lo debes de saber, traté de llevarla lejos, no a distraerla sino a curarla, ¿entiendes?

RAUL

—*(Interviene con alguna impaciencia).* Mauricio quiere decir que Sara está loca. *(Mauricio baja la cabeza, no se sabe si asintiendo).*

JORGE

—Pero a mí nadie me debe semejante explicación.

RAUL

—Yo conozco el caso. *(A Mauricio).* Jorge era el héroe, porque había matado. Ella logró identificarse en ese culto al héroe, como producto de su desequilibrio, sin duda. Y quiso a su vez, mediante otra muerte, ya que Miguel no había podido ser el héroe triunfante, convertirse ella en la heroína.

JORGE

—*(Desorientado).* ¿Y qué se espera que haga yo? *(Entra Sara).*

MAURICIO

—Perdonarla. Perdonarnos . . .

JORGE

—¿Perdonar yo? ¿A quién, por Dios? Si yo lo que quiero es que me perdonen a mí.

SARA

—¿A ti?

JORGE

—No que me perdonen el haber matado a éste o a aquél, que eso es secundario y pasivo. Lo que yo quiero es un perdón auténtico. Que dejen de odiarme, por ejemplo; que si me aborrecen, dejen de aborrecerme; que si me admiran, dejen de admirarme; que si me envidian, dejen de envidiarme. Que me perdonen el haber triunfado; que me perdonen mis

nedallas. Y si a alguien salvé con mis actos, que ne perdone el haberle salvado. *(Hay un silencio).* Que me perdonen la situación distinta en que me ncuentro; que se convenzan de que soy un hombre omo los demás, igual a los demás, y que me admian de nuevo en su seno. Que no me vean como éroe ni como monstruo; que no me obliguen a vivir islado y sin otra compañía que la de mis hermanos le armas. *(Sara, Raúl y Mauricio se miran. Parece ue convinieran en que el único que tiene derecho hablar es Mauricio).*

MAURICIO

—*(Tímidamente).* ¿Cómo puedes decir que estás olo?

JORGE

—Es que lo estoy. Para usted, por ejemplo, soy un nte incomprensible y fuera de la humanidad, que izo lo que no se esperaba que nadie hiciera; una igura de museo, o más bien de jardín zoológico. 'ara Sara, un asesino sin entrañas, el causante de sus esgracias, cualesquiera que sean sus desgracias. Y ara usted, Tío, soy una incomodidad y una acuación.

RAUL

—*(Tratando de recapturar los instantes ya perdidos).* Jo, Jorge. Si entre nosotros ha ocurrido algo, ha do cosa pasajera. Tú no me has comprendido.

JORGE

—Quien nunca ha comprendio es usted. Y no es ue no haya comprendido; es que no podía com-

prender. Nosotros, yo concretamente, crecí en el odio. Sara me ha escuchado ya decir esto, pero es algo que no se puede pasar por alto. Crecí odiando, me desarrollé odiando, me hice hombre en medio del odio. Ustedes, algunos odiaron junto a nosotros, pero no podían odiar de la misma manera, porque nosotros odiábamos inocentemente, no éramos responsables de nada de lo que nos estaba sucediendo, y éramos los primeros sacrificados. Desde las aulas del Colegio, desde las universidades, comenzamos a dar las primeras alarmas. Al comienzo, cayeron en el vacío de las muchachadas, pero fueron un alarido, y durante mucho tiempo nosotros estuvimos presidiendo la protesta. Habíamos salido de la adolescencia para encontrarnos con algo que se nos estaba tirando encima.

RAUL

—*(Impaciente).* ¿Y qué crees tú? ¿Que nosotros no lo sentíamos también?

JORGE

—Para ustedes, aquello probablemente no era más que un cálculo que había salido mal. Pero para nosotros, era lo que ustedes nos estaban legando. De allí que la naturaleza de nuestro odio fuera distinta, porque nosotros ni habíamos contribuido a instalar aquello, ni habíamos sido jamás parte del mecanismo que lo había producido. ¿Me entiende, Tío? Y de las aulas pasamos a las calles, y dedicamos nuestros mejores años a hacernos una pregunta que usted nunca se ha hecho: "¿Por qué?" *(Recapacita.*

Pausa). ¿Por qué todo aquello? De un banco en la universidad a una trinchera en las montañas o a la orilla del mar, hay un gran trecho. Para matar conscientemente, se necesita haber soportado mucho. Para decidirse a disparar contra un hombre como uno mismo, que creció como uno mismo, que tal vez compartió juegos con nosotros, que caminó la misma acera y corrió la misma plaza, hay que haber odiado mucho y en silencio, hay que haber vivido cosas que usted no puede comprender. Ni tú, Sara, porque tú estás ciega de venganza . . .

SARA

—No, no es venganza . . . Es que durante muchos años, a mí es a la que le ha tocado odiar . . . O tal vez sí, tienes razón, tal vez haya sido un deseo de vengarme . . .

MAURICIO

—Por favor, Sara. *(La toma por los brazos).* No empeores las cosas.

JORGE

—*(Sin tomar en cuenta lo que Sara ha dicho. Como para sí mismo).* Cuando todo terminó, una tarde entré casualmente a una iglesia. Había allí muchas mujeres con lágrimas. Ustedes no pueden saber lo que se siente cuando uno piensa que algunas de esas mujeres están llorando por los que cayeron a la par de nosotros, pero que las otras están rezando por lo que hicimos caer por nuestra propia mano . . . Eso no pueden saberlo los que regresan

de las grandes guerras; sólo los que han peleado contra hermanos. ¿Cómo saber si aquellas mujeres no estaban rumiando venganzas? Las oraciones sirven para muchas cosas. Yo habría querido acercarme a consolar a alguna, pero podía ocurrir que esa estuviera derramando plegarias de rencor. Usted me dirá, Tío, me lo ha dicho muchas veces, que todos sufrimos, que usted también sufrió; pero no fue lo mismo. El sufrimiento suyo fue íntimo e inútil. Cuando nosotros salimos a sacudir el nuestro, sacudimos y vengamos también el de ustedes: porque lo nuestro no fue como un asesinato individual, donde sólo el que lo comete queda saciado. Nosotros matamos por cuenta de muchos. Ustedes también se saciaron. Pero después de los muertos, regresa el cálculo. De ese cálculo había salido una vez un gran dolor para ustedes, los que habían crecido y vivido entre cálculos, y para nosotros, que llegamos a presenciarlo con veinte años, hasta que nos dimos cuenta de que los cálculos se estaban convirtiendo en sangre. Después de la sangre, las cosas no pueden seguir siendo lo que eran. La sangre es como la lava de los volcanes: corre por los campos y ya éstos no pueden volver a ser verdes; corre por los caminos, y ya éstos no pueden volver a ser caminos, y hay que construir otros. *(Se ha ido exaltando progresivamente, pero de pronto baja el tono, y habla casi como para sí mismo).* Si nuestros hijos van a tener que ir también un día a morir en las montañas, con los ojos abiertos a merced de los pájaros, estamos dispuestos a que esa tragedia venga por otros caminos, porque hemos

arroja un objeto cualquiera; los tres comienzan a salir). ¡Salgan! *(Les arroja también el revólver).* No quiero verlos más. *(Les da la espalda. Un alarido:)* ¡Váyanse, con todo el . . .

(Pero no termina. Sara ha recogido el revólver, y ha disparado. Jorge se tambalea. Cuando se desploma, el telón ha caído).

INDICE

Página

Preludio A LA NOCHE 9
Enrique Macaya Labmann.

GOBIERNO DE ALCOBA 41
Samuel Rovinski.

LA VOZ 85
Carmen Naranjo.

EL HEROE 123
Alberto Cañas.